

Entrevista

John H. Elliott: “Me parece una falsa dicotomía la de una colonización británica 'buena' y una española 'mala'. La empresa colonial de ambos estaba acompañada por un sinfín de crueldades y atrocidades cometidas contra la población indígena y aquí no hay gran diferencia entre los dos poderes imperiales”

Por José Manuel Serrano

El profesor John H. Elliott apenas necesita presentación. Su solo nombre y trayectoria representan para cualquier historiador, en especial si es modernista o americanista, un referente en sí mismo.

Doctorado en Cambridge, Catedrático de Historia en el King's College de Londres y en Princeton, y profesor en Oxford antes de su bien merecida jubilación, es miembro de la prestigiosa Academia Británica de Ciencias Sociales y Humanas desde 1972, y ha recibido una quincena de doctorados Honoris Causa de las más prestigiosas universidades. Entre sus múltiples galardones, destaca el premio Príncipe de Asturias (1996) por su contribución al estudio de las ciencias sociales, en especial la Historia de España, pese a que no le gusta demasiado ser “señalado” como hispanista.

Realizar una descripción de su obra sería un trabajo ímprobo y muy posiblemente quedaría limitado, porque su aportación a la Historia va mucho más allá de sus estudios, libros o artículos, que en sí mismos representan una línea historiográfica propia. Pensemos por un momento en su labor como formador de historiadores, creando escuela, generando un ímpetu especial casi avasallador, tendente a contribuir con sus conocimientos y famosa generosidad a la formación intelectual. Y los frutos están ahí. De los incontables discípulos que brillan con luz propia, podríamos destacar, solo a manera de indicador, los nombres de Geoffrey Parker, Richard L. Kagan, o Peter J. Bakewell.

Como bien escribe en su delicioso libro *Haciendo Historia*, se convirtió en historiador de la España Imperial casi por casualidad: ¡bendita casualidad! Porque desde los años 60's el

profesor Elliott ha generado alguno de los textos más brillantes, profundos e influyentes de la historiografía ligada a la Historia Moderna de España de la segunda mitad del siglo XX. Sus dos primeras obras, *La rebelión de los catalanes* y *La España Imperial (1469-1716)*, aparecidas ambas en 1963, introdujeron en el debate historiográfico la sugerente idea de la derrota de la periferia peninsular a manos del centro castellano y su idea de dominio, trasladada con el tiempo a su papel como potencia hegemónica europea. Desde ese instante, obras como *La Europa dividida* (1968), *El viejo y el nuevo mundo* (1970), *El Conde-Duque de Olivares* (1986), o la monumental *Imperios del Mundo Atlántico: Gran Bretaña y España en América 1492-1830* (2006), han representado proyecciones de historia comparada e interdisciplinar que no solo son insustituibles, sino que suponen un modelo desde el que es posible interpretar la historia de España y Europa de su tiempo haciéndose eco de la polifonía de aspectos como la historia política, economía, cultura, ciencia, geografía o historia social. Como bien destacó en una ocasión, es la imaginación del historiador, su búsqueda de un enfoque diferente (a veces divergente con la historiografía al uso), y su proyección interpretativa múltiple, lo que lo aleja de convertirse en un anticuario.

Pero si las cualidades académicas del profesor Elliott son visibles con una lectura atenta de su ingente obra, no lo son menos sus cualidades humanas, su amor por la Historia, su inagotable generosidad. Son éstas las cualidades que le han llevado, desde su tranquilo *reposo del guerrero* en su casa a las afueras de Oxford, a concedernos esta entrevista. Como director de la revista *TEMPUS*, no tengo sino palabras de agradecimiento para con quien siempre ha estado dispuesto a seguir la senda del apoyo a instituciones y académicos que, de una u otra manera, desean dar continuidad a toda una vida dedicada a esta bella profesión.

Entrevista

Este año se cumple el 500 Aniversario de la subida al trono de Castilla y Aragón del que es uno de los reyes de España más conocidos para el público amante de la Historia, Carlos I, ¿cuál cree que fue su papel en la construcción del Imperio español del siglo XVI?

El papel del Emperador Carlos V (Carlos I de España) en la construcción del imperio español del siglo XVI fue fundamental. Nacido en Flandes en 1500, y heredero del ducado de

Borgoña, subió en 1516 a los tronos de Castilla y Aragón gracias a una serie de accidentes dinásticos. En 1519 fue elegido Emperador del Sacro Imperio Romano. Así llegó a unir en su persona una aglomeración de territorios que incluían Flandes, España y sus posesiones italianas y americanas, junto con las tierras alemanas que pertenecían a la dinastía de los Habsburgo. Tal aglomeración de territorios bajo un solo monarca es conocida por los historiadores de hoy como una 'monarquía compuesta', y la monarquía compuesta de Carlos V y de sus sucesores, que llegó a denominarse *la monarquía española*, fue la más grande y poderosa de todas las monarquías compuestas de los siglos XVI y XVII. Como jefe de esta monarquía Carlos se sentía obligado a respetar las instituciones, leyes, y costumbres de cada uno de sus reinos y estados, y así es difícil hablar de la 'construcción' de un imperio por él, puesto que fue en gran parte heredado, y el Emperador hizo muy poco para hacer un imperio unido de territorios tan dispersos y diversos.

Las Indias, como una 'conquista' hecha por Castilla, fueron otra cosa. Allí, a medida que se iba ganando nuevo territorio y nuevos sujetos indios en la América continental, Carlos y sus consejeros tuvieron que construir todo un sistema de gobierno, imponiendo las leyes de Castilla, organizando la explotación de sus recursos humanos y minerales, e ideando una política para la evangelización de la población indígena y su protección de los abusos cometidos por los conquistadores y los colonos. Así en el Nuevo Mundo por lo menos se puede decir que Carlos V 'construyó' un imperio, si bien no llevaba oficialmente el nombre de 'imperio', puesto que había sólo un emperador en la Europa del siglo XVI, y el título de Emperador pasó al hermano de Carlos y sus descendientes, en vez de su hijo, Felipe II, rey de España y de hecho dueño de un imperio global.

Durante el reinado de su hijo, Felipe II, el Imperio español alcanzó sus cotas más altas, pero aparentemente, tras múltiples guerras, no consiguió alcanzar sus principales objetivos. ¿Merece realmente el sobrenombre de *Rey Prudente* por el que ha pasado a la Historia?

A pesar de la fama de Felipe II de haber sido un 'rey prudente', la versión inglesa de la biografía de reciente aparición por Geoffrey Parker lleva el título de 'El rey imprudente'. Según Parker, los grandes fracasos del reinado, como por ejemplo el de la empresa de Inglaterra en 1588, se pueden atribuir, al menos en parte, a la imprudencia de un monarca cuya mentalidad providencialista le dio una excesiva confianza en el éxito de sus proyectos. Creía tener una relación directa con Dios, quien había confiado a España y a su rey la misión de proteger su iglesia en la tierra y salvar una fe amenazada por Islam y el protestantismo; y estaba claro que Dios no abandonaría a los suyos. Su fe religiosa, pues, puede explicar algunas de las decisiones suyas que en retrospectiva parecen haber sido excesivamente arriesgadas.

Sin embargo, hay que tener en cuenta que Felipe II también llevaba la pesada carga de su herencia dinástica. Se sentía obligado a conservar los territorios heredados o adquiridos por su padre y sus antecesores, y transmitirlos intactos a sus propios sucesores. Así le fue imposible abandonar su herencia borgoña de Flandes, a pesar de los enormes gastos de una interminable guerra contra los rebeldes holandeses que drenaba España de hombres y dinero. Para mí la clave de su política se encuentra en el concepto de la *conservación*, y conservar sin desastres una monarquía tan vasta y dispersa, y rodeada por enemigos, resultó ser imposible. Sin embargo, si había fracasos, como los de Flandes y de la empresa de Inglaterra, el reinado también tuvo sus éxitos, como la victoria naval de Lepanto en el Mediterráneo contra el imperio otomano, la adquisición de Portugal, y la exclusión de la herejía en todos sus dominios con la excepción de las provincias nortehijos de los Países Bajos. Así, como era

de esperar, la historia de este reinado de cuarenta y dos años es la de una mezcla de fracasos y éxitos, el más importante de los cuales tiene que ser la transmisión más o menos intacta de su monarquía global a su hijo y heredero, Felipe III.

La América española fue sin duda esencial para el sostenimiento del Imperio español, pero en términos de costo-beneficio no está muy claro si finalmente fue beneficioso para la *idea imperial*, ¿considera que finalmente fue perjudicial a los intereses de España unas colonias tan extensas?

Las Indias, como se sabe, proporcionaron a España y sus monarcas el dinero, en la forma de remesas anuales de oro y plata, que sostenía durante unos tres siglos su empresa imperial e hizo posible su hegemonía europea durante el siglo XVI y la primera mitad del XVII. Sin embargo la bonanza llevó consigo un alto precio. No se trata sólo de los crecientes gastos de la defensa de la América ibérica contra los ataques de los franceses, los ingleses y los holandeses, sino también de las consecuencias políticas, económicas y psicológicas de la posesión de un imperio transatlántico tan rico en recursos. Políticamente, hizo temer a los otros países europeos que España se había puesto en el camino de la monarquía universal. Así la hicieron el blanco de su hostilidad, elaborando la imagen negativa de la *leyenda negra*, que puso a los españoles a la defensiva ante las críticas de sus rivales y enemigos. En cuanto a la economía, las remesas anuales de la plata americana permitieron a los monarcas financiar sus costosas guerras a base del crédito proporcionado por sus banqueros genoveses y portugueses. Estos utilizaron sus enormes ganancias para hacerse dueños de importantes sectores de la economía castellana e influir en la política hacendista de los monarcas, con graves consecuencias para el desarrollo económico de Castilla a largo plazo.

Por último, es de gran importancia el impacto de las riquezas americanas sobre la mentalidad colectiva de la España imperial. Desde el rey abajo la sociedad castellana vivía, y

sobrevivía, a base de crédito. Los famosos arbitristas de la España del siglo XVII estuvieron preocupados por el falso concepto de la riqueza fomentado por la continua llegada de metales preciosos. Según ellos, la auténtica riqueza consistía en el desarrollo de la agricultura, la industria y el comercio, y no en los instrumentos de crédito que habían seducido a sus compatriotas y creado una sociedad basada en falsos valores. Así la ilusión de América se transformaba poco a poco en desilusión y desengaño, hasta el punto que el Conde-Duque de Olivares, siendo el principal ministro de Felipe IV, dijo en una sesión del Consejo de Estado en 1631 que 'las grandes conquistas... han puesto esta Monarquía en tan miserable estado que se puede decir con gran fundamento que fuera más poderosa si hubiera menos aquel Nuevo Mundo.'

Los estudiantes de Historia, y no pocos historiadores, suelen adjetivar el modelo de colonización español e inglés en términos de bueno y malo, positivo o negativo, sin duda pensando en el desarrollo histórico posterior de Hispanoamérica y Estados Unidos, ¿se puede hablar de un modelo de colonización “superior”?

He tratado a menudo las semblanzas y las diferencias entre la colonización británica y española en América en mi libro, *Imperios del mundo atlántico* y así responderé brevemente a esta pregunta. A mí me parece una falsa dicotomía la de una colonización británica 'buena' y una española 'mala'. La empresa colonial de ambos estaba acompañada por un sinnúmero de crueldades y atrocidades cometidas contra la población indígena y aquí no hay gran diferencia entre los dos poderes imperiales. Pero lo que sí son diferentes son las sociedades coloniales que establecieron. Estas diferencias se explican en parte por las distintas características de las dos patrias, como por ejemplo las diferencias religiosas entre las dos, y en parte por las grandes diferencias en las tierras americanas que poblaron. En la América española se topó

con densas poblaciones indígenas y riquísimos recursos minerales, mientras que en la América británica la población indígena fue escasa, y faltaban minas de oro y plata. Como consecuencia, las colonias inglesas marginaron o expulsaron a sus pocos o inútiles indios, importaron millones de esclavos africanos para trabajar en las plantaciones del Caribe y del sur, y se dedicaron al desarrollo agrícola, industrial y comercial de sus tierras, con los resultados que vemos hoy en día en el enorme poder político, económico y militar de los Estados Unidos. Los españoles, por contraste, intentaron incorporar e integrar a sus indios dentro de las sociedades coloniales emergentes, cuya prosperidad se basaba prioritariamente en la explotación de las riquezas minerales. Ahora bien, si los ingleses, y no los españoles, hubieran conquistado México y Perú, ¿quien se atreve a afirmar que sus colonias no hubieran seguido la trayectoria española?

¿Cuáles cree que serían los personajes de la Historia Moderna de España que habría que desmitificar?

Para la historiografía oficial de la época del General Franco, Isabel la Católica (más que Fernando) y Felipe II fueron los fundadores de una España unida y católica, cuyos valores trascendentales el régimen franquista defendía y mantenía en un mundo dominado por ideologías perniciosas. Esta visión del pasado español forzosamente condujo a una cierta mitificación de los dos monarcas. Ahora bien, en la época pos-franquista los historiadores han conseguido presentar una visión más matizada de su política y actuación, y en este momento no veo a ningún personaje de la época que habría que desmitificar.

¿Cree que la herencia española de su presencia en América ha jugado algún papel en el desarrollo posterior de su evolución histórica?

En parte he respondido ya a esta pregunta al hablar de las sociedades coloniales. La lengua, la cultura, la religión y el mestizaje son hoy los más obvios legados de los españoles a las sociedades que crearon en América sobre la base de la labor de generaciones de indios y negros. Está claro que existen importantes continuidades entre la América española colonial y la América Latina de hoy. Algunas de las menos atractivas de estas continuidades son visibles, por ejemplo, en la persistencia de las distinciones étnicas y raciales, en las desigualdades sociales, en las formas burocráticas con su obsesión papelista, y en el clientelismo y la corrupción. Ahora bien, no todo lo malo viene de la época colonial. El caudillismo, por ejemplo, fue uno de los frutos de las sangrientas guerras de independencia y de su larga duración. Y lo mismo puede decirse de la fragmentación de un vasto pero relativamente coherente imperio en una multitud de repúblicas independientes. Las rupturas, tanto como las continuidades, tienen su importancia. Así diría en conclusión que, si bien el tipo de sociedad creada por los españoles durante los tres siglos de colonización inevitablemente impuso ciertas restricciones sobre la manera en que las sociedades pos-coloniales iban a desarrollarse, no todo fue determinado para siempre al momento de proclamar su independencia. Para bien o para mal las generaciones venideras tenían su destino en sus propias manos.

Su magnífica obra *Haciendo Historia*, es sin duda un referente de eso que podríamos llamar el *oficio de Historiador* ¿Sigue jugando el Historiador un papel importante socialmente hablando?

Claro que depende del historiador! Gracias a la televisión, la radio y la red los historiadores tienen hoy la posibilidad de exponer sus ideas ante un público de un tamaño inimaginable a sus predecesores. Desgraciadamente los que tienen más impacto no son necesariamente los

mejores, pero todos ayudan a estimular un interés en el pasado entre gente que a menudo tenga poco o ningún sentido histórico. Este en sí es un papel social valioso. Ahora bien, toca a cada historiador escoger en qué manera quiere comunicar sus ideas, y algunos prefieren los métodos más tradicionales de comunicación. Los libros, a pesar de todo, todavía tienen su valor! Sin embargo, comunicar es un deber esencial del historiador, y comunicar quiere decir expresarse con lucidez, y hacer tan accesible como sea posible los frutos de sus investigaciones y sus lecturas. Ser historiador es algo más que escribir sólo para otros historiadores.

Los alumnos de Historia siguen “desesperados” por la famosa cuestión de “para qué sirve la Historia”, sin duda pensando en términos laborales. Tras una larga y exitosa trayectoria profesional ¿cree que seguimos siendo *útiles* o debemos reinventarnos a nosotros mismos para adaptarnos al nuevo perfil profesional que demanda la sociedad?

Vivimos hoy en un mundo fundamentalmente a-histórico. Faltan, no sólo al gran público sino incluso a la mayoría de los políticos actuales, las perspectivas que un conocimiento del pasado es capaz de ofrecerles sobre los problemas apremiantes del presente. Ignorantes de la historia, los políticos tienden a exagerar o subestimar los problemas que los confrontan, y que demasiadas veces los cogen por sorpresa. La sorpresa sería menor si tuviesen una perspectiva histórica, puesto que, si bien la historia no se repite exactamente, suele repetirse en alguna forma. En los años que siguieron la segunda guerra mundial se creía que tanto el nacionalismo como el fundamentalismo religioso ya estaban muertos y bien enterrados. Sin embargo, hemos visto en años recientes el dramático resurgimiento de los dos. En consecuencia su estudio histórico resulta ser algo más que un estudio puramente teórico. Necesitamos saber cómo nuestros antepasados se enfrentaron a estos retos, y porqué reaccionaron de una manera

y no de otra. En el pasado existían caminos abiertos pero no tomados, y merece la pena visitar de vez en cuando esos caminos para ver si ofrecían alguna salida a nuestra generación. Es por esta razón que hoy se necesitan historiadores más que nunca, para explicar, cuestionar, sugerir, y advertir. Este es nuestro reto, y nuestra oportunidad.